

La hermana del medio

**Fabiola
Hablützel**

**La
hermana
del
medio**

**Fabiola
Hablützel**

La hermana del medio

© 2023, Fabiola Hablützel

Diseño de portada e interiores:
Departamento de Diseño de Editorial Planeta Perú
Corrección de estilo:
Jorge Giraldo

Derechos reservados
© 2022, Editorial Planeta Perú S. A.
Bajo su sello editorial Planeta
Av. Juan de Aliaga N.º 425, of. 704
Magdalena del Mar. Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: febrero 2023
Tiraje: 700 ejemplares
ISBN: 978-612-319-805-3
Depósito Legal N.º 2022-12629

Impreso en Litho Mass Arte S. A. C.
Calle Nicolás Copérnico N.º 236, San Miguel, Lima, Perú

Lima – Perú, febrero 2023

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 216 y siguientes del Código Penal).

La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

*A mis papás y mamás,
y a todas mis familias.*

Nada va a cambiar

El 22 de noviembre del 2017, recibí un mensaje al Messenger de mi cuenta de Facebook. Era mediodía y estaba en una reunión de estudio de un máster en Economía, con chicos que podrían haber sido mis hijos. Salí de la sala temblando, sin decidir si debía aceptar la solicitud o cerrar de una vez por todas la historia que había empezado a escribirse ocho meses antes, cuando subí un post que me cambió la vida. Para ser más precisa, debería decir que mi vida había dado un giro un poco antes, coincidentemente, el día de mi aniversario de bodas número veintidós.

La revelación llegó de parte de mi mamá, el 25 de marzo, por miedo a que me enterase por otras personas. Sus oraciones fueron breves, como si hubiese intentado dar con las palabras justas, las precisas y nada más, aún sin ser consciente de su condición, que poco a poco le iba arrebatando la capacidad para comunicarse, esa habilidad que había sido su mayor don. Podía relacionarse y entablar profunda amistad con personas de cualquier edad, escribía poemas y sus cartas podían estremecer a cualquiera. Al mismo tiempo, su capacidad de conectar con las personas servía en lo trivial y rutinario, conseguía las mayores rebajas, aún en tiendas por departamento

con precios rígidos, convenciendo al vendedor de darle el descuento de empleado. En general, ella obtenía lo que se proponía.

Hacía tres años le habían diagnosticado alzhéimer. La primera alerta de su enfermedad fue que tenía muchas dificultades para encontrar las palabras al comunicarse verbalmente, tenía que utilizar sinónimos y mímicas. Era evidente que solo le afectaba el habla; de manera escrita no parecía haber ningún deterioro mental, pues seguía haciendo los crucigramas más difíciles que había a disposición. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, su problema ya no estaba solo en las palabras, sino que aumentó hasta no poder articular oraciones. Con mímicas, como en un juego de charada, adivinábamos lo que ella quería decir; entonces sonreía aliviada cuando le completábamos las frases, y a veces nos reíamos juntas a la mitad de las adivinanzas. Pero en esta ocasión el mensaje cifrado que debía desvelar tuvo una claridad cegadora.

Era un día soleado y sofocante, de aquellos que produce el fenómeno de El Niño cuando se encuentra activo. Ese año, debido a los huaicos e inundaciones, el río Rímac estaba tan turbio y lleno de desperdicios que no era posible tratar sus aguas, por lo que se suspendió el suministro de ese servicio en Lima. En ese contexto, ir al club era una excelente alternativa, pues tenía un reservorio que desplazaba el problema de racionamiento que existía fuera de sus instalaciones.

Mi tía Nélida había llegado de Estados Unidos y planeamos pasar la mañana de ese sábado en el club con mi mamá, las tres. Habíamos compartido tantos días de sol, desde siempre, que sabía que ese ambiente nos llevaría a veranos anteriores y felices. El club estaba lleno de gente, tanto en la zona de playa como en la piscina. Nos acomodamos en la sombrilla número 167, la de discapacitados. Quedaba a unos pasos del camerino de damas y muy cerca de la piscina con escaleras para niños y personas mayores.

Veíamos a las familias divertirse juntas, niños corriendo, juegos, gritos, chapoteos, risas, estallidos de felicidad alrededor. Instaladas

bajo la sombrilla y contagiadas de ese ambiente, nos pedimos unos tragos y piqueos mientras conversábamos.

Mi tía Nélica nos contaba cómo estaban sus hijos en Estados Unidos, cuando mi mamá tomó el primer sorbo de *whisky* e irrumpió en la conversación como quien entra en una iglesia con un tambor. La tía Nélica y yo íbamos completando las palabras que le hacían falta a su relato. Dijo que ella había llamado por teléfono para pedir un bebé, habló de un marino que le dijo qué hacer, luego salió encinta y suspendió la solicitud, pero tuvo un aborto espontáneo y el doctor le dio la noticia de que no se embarazaría nunca más. Entonces volvió a llamar para pedir un bebé.

Esa historia no era congruente con la versión que yo conocía sobre mi nacimiento, y una posterior pérdida espontánea del embarazo de quien habría sido mi hermanito menor. La versión que yo conocía era muy detallada y precisaba las circunstancias en las que mi mami había tenido ese aborto. La recordaba bien porque me enseñaron a rezar por ese bebé no nacido. Así es como desde muy temprana edad supe que yo no podría tener hermanos, siempre sería hija única.

Se lo dije a mi tía en un intento de jalar tímidamente el hilo de la madeja, mientras su expresión corporal delataba su incomodidad y sus labios no tardaban en pedirle a mi mamá que dejara de hablar del pasado, al tiempo que a mí:

—Fabi, tu mamá está enferma —encogiéndose de hombros mientras se acomodaba en el sillón. Luego miró el mar y se llevó el vaso a la boca.

Ese movimiento natural antecedió a unos eternos segundos de silencio en que mi mente se entrampó en una nueva sospecha sobre mi origen: otra vez una pieza fuera de lugar, una incongruencia más a la larga lista que venía acumulando por décadas. Pero, como en anteriores ocasiones, lo dejé pasar, no pregunté más, no insistí, ni siquiera las miré a los ojos por miedo a encontrar la verdad en el reflejo de sus miradas.

Decidí huir.

—¿Vamos a la piscina? —dije, interrumpiendo el incómodo silencio. Traté de sonreír, pero estoy segura de que solo logré un rictus.

Las siguientes dos horas pasaron sin ninguna sorpresa, nos bañamos las tres en la piscina. Mamá intentaba hacer acrobacias en el agua, buceaba, volvía a ser niña. Salí del agua para tomarles una foto. Aquí la tengo, fue la última vez en que mi mami pudo bañarse así. Almorzamos ceviche, choritos a la chalaca y chicharrón de calamares mientras hablamos de todo y de nada. Mi tía se fue y nos quedamos solas bajo la sombrilla.

Tía Nérida aún estaba al alcance de la vista cuando mi mamá continuó en donde se había quedado horas antes:

—Volví a llamar por el bebé, porque el doctor dijo que yo nunca más... Y así llegaste tú. —Inhaló una gran cantidad de aire—. Dime si quieres saber algo más de tu propia sangre.

Ahora que lo pienso, dijo «algo más», cuando yo no sabía absolutamente nada, ni de mi sangre ni de mi historia. En ese mismo instante comencé a sentir el corazón acelerado, la saliva se me hizo intragable como si se hubiese convertido en arena, hubo un calor que empezó en el cabello erizado y fue bajando por mi garganta, mi estómago, mi útero y llegó hasta los pies. Se me puso la piel de gallina, me dio frío y dejé de sentir la nariz. Mientras tanto, mis sentidos se obstruyeron, las risas y gritos sonaban alejados, perdí la visión periférica y estoy segura de que, si hubiera querido coger algo con mis manos, no habría podido.

No pude responder la pregunta, me quedé sin palabras, sin ideas. Respiré profundo, varias veces, tratando de ganar tiempo, de ordenar mi mente, mientras hacía un esfuerzo paralelo para estabilizar mi cuerpo y no desmayarme.

Ella, impasible, solo me miraba con una serenidad que contrastaba con lo que sucedía en mi interior, como quien ve un programa

de televisión o espera la movida del contendor en un juego de mesa cualquiera. Entonces cortó mi parálisis.

—Lo importante es que has sido feliz. Siempre has sido feliz. Sigues siendo feliz.

Y antes de que yo pudiera contestarle, la angustia afloró en una nueva pregunta que lo cambiaba todo:

—¿Todavía me quieres?

Cambió su expresión, su necesidad de saber si no había cometido un error, percibí sus miedos, la vi indefensa. Me repuse, por ella, para calmarla, para darle tranquilidad. Inhalé una vez más, profundo como ella había hecho minutos antes, y conseguí articular unas palabras con la voz quebrada, mientras tomaba su mano con la mía.

—Claro, mamá. Nada va a cambiar.

Realicé un nuevo esfuerzo por darle naturalidad a esa conversación, mi mente empezaba a funcionar, fui consciente de lo trascendental de ese instante y guardé silencio esperando que ella me quisiera decir más. La angustia que me mostró había liquidado cualquier posibilidad de indagar con ella alguna cuestión que, una vez pasado el momento de la revelación, pudiera ayudarme a entenderlo todo.

—¿Tus hijos saben? —Fue la pregunta con la cual mi mamá rompió el silencio que nos envolvía.

—No, mamá. Si yo recién me estoy enterando —respondí un poco impaciente.

—¿Me van a seguir diciendo abuela? —nuevamente atormentada.

—Claro, mamá. Tú eres su abuela. Nada va a cambiar.

Luego, empezó a darme información desordenada que yo no lograba hilvanar. Traté de retener algunas cosas para, tal vez más adelante, encontrarle sentido.

—Vino una señora a la casa, vio todo y revisó que todo estuviera bien.

Se quedó en silencio, como escogiendo qué más decir:

—Había una foto, y atrás, yo, tschs, tschs, tschs... —Me indicaba con las manos que la había rasgado o tachado—. ¿Todavía me quieres?

—Claro, mamá. Nada va a cambiar. Nada va a cambiar —le repetí como si fuera necesario escucharlo muchas veces yo antes que ella.

—Lo más importante es que has sido feliz, solo eso importa. Y más feliz que tú, no hay.

Mi mamá, como todas las madres, tenía razón.

* * *

Alfredo llegó al club, venía caminando hacia nosotras con una sonrisa, ¡era nuestro aniversario! Le hice una seña para que siguiera de frente, que no interrumpiera, quería que mi mamá continuara hablando, que no se cortara ese momento en que ella, voluntariamente, me decía lo que quería. Aun cuando mi esposo no entendió qué podría estar pasando, me hizo caso y fue directamente a darse un chapuzón en la piscina.

Ocho años antes, en un almuerzo en mi casa, Tita, una amiga de mi suegra, le había dicho a mi mamá que la conocía de joven: «Apareciste con una bebida sin haber tenido panza», fueron las palabras que mi mami recordaba de esa señora. Me explicó su preocupación:

—Ella sabía mi secreto. Ha llamado ayer por teléfono para contarle a tu suegra, mejor te lo cuento yo.

En su frágil memoria, el tiempo entre ese almuerzo y la llamada telefónica del día anterior se habían fusionado en el presente para despertar sus alertas: debía adelantarse a la posibilidad de que yo me enterase de mi origen biológico por otra persona. Se sintió acorralada

y —como siempre ha sido su prioridad— debía protegerme. No tuvo otra opción que confesar el secreto que ella y todo nuestro entorno se habían encargado de ocultar por casi cincuenta años.

Yo seguía tratando de controlar la tormenta dentro del cuerpo, concentrándome en respirar para no perder la consciencia, mientras ella hablaba. No quería que se asustase, quería que supiera que siempre la iba a querer como hasta ese día. O tal vez más.

Se quedó en silencio, parecía que no tenía nada más que decir. Esperé unos minutos; nada. Mientras tanto, yo iba repasando la conversación hacia adelante y hacia atrás; tenía la sensación de que era algo que yo ya sabía, más que eso, era una certeza. Dirigí mi mirada hacia la piscina: ahí estaba Alfredo en el agua, tenía que hablar con él.

Le pregunté a mi mami si quería un helado; necesitaba un pretexto para levantarme de la silla sin alterarla. Se puso contenta.

Caminé hacia la piscina con taquicardia y temiendo que las rodillas se me doblaran en el camino. Alguien me saludó. Llegué hasta el borde. Alfredo estaba en el medio de la piscina, no podía esperar a que saliera, no tenía fuerzas para gritarle que se acercara, sentí que no tenía otra alternativa sino lanzarme de cabeza y alcanzarlo ahí. Él tenía piso, yo no. Y no sabía si al caer podría flotar.

«Soy adoptada», le dije. No me creyó, pensó que era una más de las sospechas que le lanzaba cada cierto tiempo acerca de mi origen.

—¡Me lo ha dicho! —Me salió casi gritando, desde el diafragma.

Me pidió que relatara palabra por palabra lo que mi mamá había dicho. No podía, me confundía, me desordenaba. El agua de la piscina en mi rostro se mezclaba con las lágrimas. No eran muchas, eran de emoción, no de tristeza, no había llanto. Me fui ordenando mientras caminábamos hacia el heladero. Alfredo se rascaba la cabeza —lo hace cuando está preocupado o nervioso—, compramos el helado para mi mamá, me abrazó, lloré, sentí pena por la bebita que fui.

Ella saboreó el helado y no dijo nada más; yo empecé a pensar en mi siguiente paso. Preguntarle a papá no era una opción, podía afectarle: más de noventa años, lúcido, pero tal vez se disgustaría con mamá. Apenas volvimos a casa llamé a mi tía Coco, ella tendría respuestas. Ya no vivía en Lima, pero nunca nos alejamos.

La tomé por sorpresa, y después de un débil intento por negarlo, le hice dos preguntas que rompieron su resistencia:

—¿Acaso soy hija de alguien que conozco? ¿Puedo ser una niña robada?

—No. Y no.

* * *

El silencio, callar, está sobrevalorado. En boca cerrada no entran moscas. No hables a menos que puedas mejorar el silencio. Si no tienes algo agradable que decir, entonces es mejor no decir nada. Quien calla otorga. Callamos por sabiduría, para no herir los sentimientos de los demás o para no exponernos. Callar es una de las primeras cosas que los padres les enseñaban a sus hijos hasta hace dos generaciones. Cuando los adultos hablan, los niños callan. La palabra estaba reservada para los mayores, un derecho que se adquiría al cruzar una línea invisible al llegar a la adultez, a los dieciocho o veintiún años. Así fue como el saber callar, ser silencioso, reservado, empezó a verse como una virtud. A la inversa, un hablador era mal visto, podía generar desconfianza e incomodidad. Las leyes permiten, a quien es acusado, guardar silencio para evitar agravar su situación. En el hampa no hay perdón para quien no sabe guardar silencio. Existe el voto de silencio en las cuatro religiones más grandes del mundo, según el número de creyentes. La única forma de revelar un secreto es cometiendo traición, luego se puede buscar

la absolución por medio de una confesión y el sincero arrepentimiento por haber roto una promesa de silencio.

Mis papás lograron que cada una de las personas que conocían mi origen mantuviera el secreto durante casi medio siglo. No fue consecuencia de la coacción, fue resultado del gran respeto y amor que mis papás despertaban en las personas que los conocían. En su corazón me protegían de una verdad que creían que podría herirme. Contrariamente, la revelación de mi origen me ha hecho más fuerte, más segura de mí misma y me ha traído una tranquilidad que antes no sabía que me hacía tanta falta; me permitió verme al espejo y, a pesar de encontrar a alguien nuevo, reconocirme renacida. Me hace sentir especial, amada, querida y esperada.

No fui sincera con mi mamá, le dije que nada cambiaría, y todo cambió, para bien, para mejor. Cambió la intensidad con la que quiero a mis papás, pero el mayor cambio, enorme, mayúsculo, se dio en el agradecimiento que siento por ellos.

* * *

Hace años vi una escena en la televisión. En ella, una niña y un niño conversaban:

—Soy adoptada, ¿tú eres adoptado?

—No.

—¡Oh!, lo siento mucho.

—¿Por qué?

—Porque a mí me eligieron, a ti tuvieron que aceptarte.

En su sencillez, en su aparente intrascendencia, ese diálogo tenía una visión del mundo que trato de aplicar en mi día a día. Tratar de ver las situaciones desde el lado positivo, en este caso, desde el lado del amor.

Lo recordé cuando me enteré de que no era hija biológica de mis padres. Después de la sorpresa inicial y la sensación de vacío, comencé a sentirme más hija de ellos que en ningún otro momento de mi vida. Empiezo a repasarla, estoy hurgando en mis recuerdos, tratando de llegar a los más ínfimos detalles para encontrar las piezas que nunca había unido, pero que, sabía, no encajaban a la perfección. Había decidido decenas de veces que no era importante juntarlas, porque siempre he sido feliz, porque nunca me ha faltado nada, y lo que tengo de sobra es amor. El amor ha llegado a mí a borbotones, de todos lados, en todo tipo de relación: como amiga, prima, sobrina, tía, hija, madre, esposa, nuera, profesora, compañera de trabajo y, ahora, cinco décadas más tarde, como hermana.

En este momento se hace necesario limpiar las piezas del polvo, ordenarlas y encajarlas, y poder repasar mi vida hacia atrás, con esta nueva mirada. Busqué mis fotos más antiguas. Sabía que las primeras eran de cuando tenía año y medio. Las vi distintas. Ahí estaba yo, en sus brazos, con una mamá y un papá que tenían las sonrisas más grandes que he visto.

Cuando crees que tu vida está definida, siempre puede ocurrir algo inesperado que te sorprende y cambia la base sobre la que te habías construido. Pero no tiene por qué tener la fuerza destructiva de un tsunami, a pesar de ser una verdad que se abre paso de una manera arrasadora. Puede ser un tornado que, como en la historia de Dorothy, te lleva a un lugar distinto. A veces puede pasar que el tornado se anuncie como un mensaje de alguien que aún no tienes agregado en tu red social y que, sin embargo, te dice «hermana» con la naturalidad con que alguien da los buenos días. Y, entonces, no hay otra opción sino abrirlo y ver qué hay del otro lado. Así, ya no importa que nada cambie porque ya todo cambió, estás en un universo distinto al que conocías.

Hola...

Me acabo de enterar de que somos hermanas... hace unas horas... nunca imaginé algo así... estoy en *shock* y me imagino cómo debes estar vos también...

vengo pensando hace un rato cómo mandar este mensaje... pero no se me ocurre otra forma que así... con un Hola, soy tu hermana (o media hermana) menor...

no sé si querés conocer más de la historia... me alegra verte feliz... tengo muchas dudas... y bueno... soy algo impulsiva y no me aguanté... tenía que escribirte hola...

la historia de mi mamá durante su infancia y adolescencia fue muy dura... siempre me contaba, pero parece que no me contó todo...

luego de conocer a mi papá las cosas cambiaron, y ella fue muy feliz después de los 27 hasta que falleció... antes hubo mucho dolor, y mucha superación... no era resentida, sino todo lo contrario, a pesar de lo vivido... bueno, ni siquiera sé si quieres saber algo o no... lamento si este mensaje te incomoda... no sé cómo actuar, y me imagino que tú tampoco...

estaré por aquí...

por si quieres que conversemos...

La sangre es lo de menos

Los amigos son la familia que uno escoge, pero para muchos es solo un cliché, lo dicen sin sentirlo, sin haber experimentado la real dimensión de esas palabras y el sentimiento que representan. De lo contrario, no me tendría que haber pasado la vida explicando que mis estrechas relaciones con tías, tíos, primas y primos no obedecían a tener un antepasado o un apellido en común, sino a un vínculo basado en el cariño y la afinidad, alimentado a través del tiempo y, en nuestro caso, a través de varias generaciones.

Fue así como, desde que estaba en el colegio y hablaba de los fines de semana o del verano con mi familia, y tras la lista interminable de tías que desfilaban por mi recuento, las amigas preguntaban si eran del lado de papá o de mamá. Me tocaba explicar que, en la mayoría de casos, eran amigos de mis papás. La respuesta que recibía era que entonces no eran mis tías. Más tarde, en la universidad, si hablaba de mis primas, me aclaraban que no eran primas hermanas, porque esas tenían otra categoría en el escalafón de la cercanía. Nunca entendí por qué esa explicación me molestaba tanto.

No podía comprender esos parámetros, pues no me los habían enseñado mis papás; para ellos, eran igualmente primas las que

tenían mis apellidos como las que no. Me resultaba difícil explicar que se podía ser familia «sin serlo». Consciente o inconscientemente, sembraron en mí la preponderancia del cariño y no la de la biología; ellos mejor que nadie sabían que el amor no tiene que ver con el ADN. Dando el ejemplo a diario, esta enseñanza ha sido primordial para procesar de mejor manera la noticia de mi adopción. La misma idea de supremacía del nexo biológico ha ido impactando en mi forma de pensar; como si ahora tuviera un resaltador fosforescente que destaca en el aire esas frases que he ido escuchando o leyendo en el proceso de identificarme como «adoptada». Nadie necesita un permiso para tener hijos biológicos, se asume que seremos lo suficientemente humanos y responsables solo por procrear, pero para adoptar a un niño pasan años de investigación antes de poder ser padres. Las leyes, en general, apoyan ciegamente el vínculo biológico, aun cuando la familia del niño sea incapaz de cubrir sus necesidades básicas que incluyen no solo las físicas y obvias, como alimentación, salud y educación, sino también las emocionales, como tener un entorno armónico, con seguridad, respeto y cariño, que le permitan desarrollarse de la mejor manera. Frases como «¡Lo han criado como si fuera su hijo!» o «¡Lo quieren como si fuera su hijo!» marcan una diferencia inexistente en la mayoría de los casos, entre los hijos adoptivos y biológicos, colocando a estos últimos por encima en la escala de importancia. Por otro lado, se tiene la idea de que los padres adoptivos son valientes *per se*, principalmente porque no saben qué niño les va a tocar, aunque los padres biológicos asumen el mismo reto. Sin embargo, no se puede negar que la paternidad adoptiva se enfrenta a situaciones específicas que difieren de los retos de la paternidad biológica, incluso si los niños no proceden de entornos difíciles.

Aunque no tuviéramos un nexo biológico, mis tías se ganaron el título y, en ese rol, me enseñaron diferentes cosas: mis tías Perla y Camencha, a maquillarme; ellas dos y mis tías Macuta y Angélica,

a cocinar; mis tías Coco, Nora y Lucha fueron mis confidentes; además, mi tía Coco me adiestró en los temas de ámbito laboral, sobre todo, mientras trabajamos juntas en Interbank. Más adelante, cuando crecí, con todas pude construir una relación amical, independiente de mis padres, tomando un café o un trago como era costumbre en mi casa.

En la década de 1940, mi mamá conoció a la tía Macuta. Bordeando los veinte años entraron a trabajar juntas y formaron parte de la Juventud Antoniana, que era un centro de recreación para jóvenes a cargo de padres franciscanos que promovía la evangelización. Mi tía se enamoró y se casó con César De los Ríos, un guapo doctor que murió en 1960 por un problema cardíaco, dejando a tres niños pequeños; el mayor tenía solo cuatro años.

Desde el noviazgo, la familia De los Ríos recibió con los brazos abiertos a mi tía Macuta y a su inseparable amiga Fabiola. El patriarca de la familia era el papá del doctor, se llamaba Teopisto, y vivían en la calle Los Heros en el Callao, junto con su hija Adorsinda, que había quedado viuda con tres hijos: Rafael, Nélica y Vilma. También estaba Josefa, le decían Pepa, sobrina de Teopisto y prima hermana de Adorsinda, casada con Eduardo Porth, con quien tenía tres hijos: Nelly, Eduardo y Cecilia (tía Coco).

Cada tarde, después del trabajo, se reunían a jugar cartas y leer poesía en la casa de Los Heros, y a pesar de las diferencias de edad, tanto hacia arriba como hacia abajo, mi mamá logró entablar amistad con todos ellos, desde el abuelo Teopisto hasta las jóvenes Nélica y Coco.

Es así como la familia De los Ríos acogió a mi mamá y después a mí. Nos integramos tanto que nos olvidamos de que no hay vínculo sanguíneo, y después nos encontramos explicándole esta historia a alguno de los sobrinos más jóvenes que escuchan con incredulidad que las tías de toda la vida no eran «familia». Hace poco, en una conversación con mi tía Nélica, hablamos de mi dificultad para

demostrar afecto de una forma física, o el hecho de que no me brota hablar con diminutivos, aun cuando sienta profundo cariño por la persona con la que esté interactuando. Ella me dijo con naturalidad e ignorando lo transcendental de su sentencia: «Es que tú eres “De los Ríos”».

Mi tía Coco es famosa entre mis amigas; está en mis primeras fotos sujetando mi mano, en mis anécdotas, en mis viajes y aventuras, en las composiciones del colegio después de vacaciones, en mis momentos importantes y en mis días comunes, en mis risas y también en mis tristezas. Llamaba a tía Coco con rabia o entre lágrimas después de pelear con mi mamá, también es ella a quien llamé primero cuando a mi mamá le diagnosticaron alzhéimer y a mi papá cáncer. Ella era la tía favorita y su gran truco siempre fue hacernos sentir especiales a los sobrinos. La tía consentidora, abogaba por mí para poder obtener algún beneficio negado por mis papás, inventaba juegos en los que si ella perdía tenía que dar una propina, pero si perdía uno de los sobrinos no pasaba nada. Me enseñó que se podía querer a los perros tanto que no dieran asco los lengüetazos en la cara, y que se podía ayudar a parir a una perrita sus nueve cachorros una madrugada en la cocina de mi casa. Compartí su adicción a los juegos de Atari, hasta que se nos ampollaran los dedos y nos diera la luz del día.

Fue mi madrina de confirmación, y mamá fue la madrina de Patty, la hija de mi tía Coco. Estuvo en mis graduaciones del colegio, de bachiller universitario y de licenciatura, esos eventos en los que solo entregaban tres pases. Estuvo en mi matrimonio y en mis partos. Trabajamos juntas muchos años en los que compartimos almuerzos, cafés y cigarrillos.

El café con cigarrillo o el cigarrillo con café, el café sin azúcar, negro, era un ritual para nosotras, lo hacíamos por lo menos tres veces al día: una muy temprano antes de empezar el horario laboral, otra al mediodía después de comer un sándwich, y la tercera al

final de la jornada. Almorzábamos algo rápido solo para tener más tiempo para fumar. Era yo la que me acercaba a su oficina pues tenía mayor privacidad. Era una época en la que no se sabía cuánto daño hacía fumar y, por lo tanto, se permitía hacerlo en todas partes, incluso en cines, buses, aviones, clases y oficinas. Mi tía Coco llegó a fumar dos cajetillas al día; yo una. Ella, Marlboro rojo; yo, Hamilton Light, que tenía una envoltura en tonos de azul y blanco. Cuando estuve encinta de Daniela, en el año 1997, mi tía Coco dejaba que le diera algunas pitadas a su cigarrillo y así satisfacía mi ansiedad por fumar, con poco cargo de consciencia. Cuando salí encinta de Alonso dejé de fumar ni bien me enteré del embarazo y no lo he vuelto a hacer; temo que si doy una pitada vuelva a la cajetilla completa.

Cuando dejó de trabajar en Interbank, nuestra relación no se alteró, nos hablábamos por teléfono seguido, teníamos almuerzos familiares. Mi mamá vivía a dos cuadras de su casa, se veían a diario y era frecuente para mí ir a encontrarme con ambas. Luego, en el 2014, cuando se fue a vivir con Patty a Estados Unidos, nos mantuvimos en contacto por teléfono y luego por FaceTime. Conversábamos varias veces por semana, mi momento favorito era cuando la llamaba estando en el auto y me hacía compañía en el tráfico limeño. No necesitábamos un pretexto para hablar, tratábamos cosas triviales y también importantes, de nuestro día, de las películas en Netflix, de fútbol, de las noticias, de política y de Angela Merkel. Nos enviábamos videos graciosos de mascotas inteligentes y compartíamos el mismo gusto por la lectura. Felizmente pudo seguir devorando libros gracias a los audiolibros, pues empezó a perder la visión de manera notoria poco después de jubilarse y ser diagnosticada con degeneración macular, una enfermedad que hace perder la visión central poco a poco, por lo que se le fue dificultando resolver crucigramas o leer. Mi papá tenía lo mismo. Hacia el 2010, Radio Programas del Perú sacó a la venta unos discos compactos

con las obras que transmitían en un programa semanal llamado *Mi novela favorita*; se trataba de resúmenes de obras clásicas de una hora. Compré la colección y primero los iba escuchando mi papá, con calma y dosificando su tiempo, uno cada día, así era él. Cuando terminó un bloque se los pasé a mi tía Coco; escuchó todos los discos en un solo día.

Esa incursión con los CD era la antesala de lo que se volverían los audiolibros para ella. Además de escogerlos por autor o por género, lo hacía teniendo en cuenta que fueran los de mayor duración, en una especie de angurria por tener más horas de entretenimiento. Me convenció de probarlos y fue un descubrimiento para mí poder manejar, caminar, tejer, bordar y ver los entrenamientos de mi hijo mientras iba leyendo con los oídos algún libro. Actualmente, la mitad de los libros que «leo» son en formato de audio.

Mi tía Coco y yo compartíamos un humor negro que afloraba en nuestras conversaciones y que poca gente entendía; teníamos frecuentes ataques de risa, de esos que no paran hasta que te duele la panza, y aunque no siempre me daba la razón, ni yo a ella, nunca nos peleamos. Muchos meses antes de que cumpliera ochenta años, reservamos un hotel que estaba bastante cerca de su casa para celebrarlo como ella quería, en la playa. Mi tía Nélide, Marité y yo viajamos para ese encuentro en junio del 2019, mientras que Jackie, Patty y tía Coco nos esperaban en su propia ciudad. Dos días antes de su cumpleaños, cuando ya estábamos allá, le dio una infección muy fuerte y tuvimos que llevarla de emergencia al hospital. Estaba controlada, pero tuvo que ser internada por varios días para una mejor atención. No lo pudimos festejar como ella quería, pero conservó su buen humor para disfrutar de nuestra entusiasta y estrafalaria decoración con globos amarrados a la cabecera de la cama de hospital, gorros de fiesta y anteojos de cotillón, mientras las enfermeras nos pedían en inglés un poco de silencio sin entender cómo unas cuántas latinas podían hacer tanto ruido. Sentí que en

ese viaje me uní mucho más a mis primas, lo que fue crucial para lo que sucedería el siguiente año.

En enero del 2020, mi tía Coco inició unos chequeos médicos por un posible cáncer. Marité, que siempre está cuando se la necesita, viajó en febrero —yo viajaría en abril, pero las cuarentenas intermitentes en los países no lo permitieron—. A fines de junio, empeoró; me llamó un martes, la llevaron en una ambulancia y la hospitalizaron un jueves. No dejaron entrar a Patty por las restricciones de la COVID-19 sino hasta el sábado. Ese día, desde la habitación, tuvimos una videollamada de primas. Mi tía Coco, un poco atontada con la medicación, se puso contenta de vernos y solo nos dijo «*goodbye*», sonriente. Luego le dijeron a Patty que podía llevarla a casa para los cuidados paliativos: ya no había tratamiento, solo debíamos mantenerla cómoda por los meses que quedaban, tal como dijo el doctor. Patty fue a comprar sábanas y mantas para la cama clínica, había dispuesto algodones, guantes y pañitos, nos mostró cómo había quedado el cuarto: blanco, aséptico, hermoso. Se coordinó el traslado en una ambulancia para la noche del lunes y llegó dormida a su nueva habitación. La esperaban, además de Patty y la familia, mi prima Jackie, la enfermera que le habían asignado y Max, su perro jack russell adorado. Nos pusimos en videollamada solo un momento; se le veía cómoda, descansada.

Al poco rato, la enfermera le tomó los signos vitales y le dijo a Patty que mi tía había muerto. Me llamó Marité, se lo dijo Jackie, así sin más, sin los meses que ofreció el doctor, sin tener a quién presentar un reclamo por lo que sentí que me habían robado. Pero después de unos minutos con todos llorando en la pulcra habitación, la enfermera se retractó, dijo que no, que aún estaba viva, pero que el final estaba cerca, sería esa noche. Yo ya había cumplido con llamar y darle la noticia a mi tía Nélide, cuando, en una especie de carrusel tragicómico, Jackie volvió a llamar a Marité, ella a mí y yo a tía Nélide. En medio de la tristeza, en cada llamada no pudimos

evitar imaginar la risa que le hubiera dado a mi tía Coco lo absurdo de la situación. En este tiempo suplementario, Patty nos llamó individualmente y le puso el teléfono al oído para que cada una se despidiera. Le pude hablar con un hilo de voz, un te quiero, un agradecimiento y una promesa.

Hicimos una videollamada y nos reunimos en la habitación que no se había estrenado, con los pañitos sin abrir y la manta sin arrugas. Nos tomamos unos tragos, recordamos, la velamos a la antigua con la tecnología de hoy. Nos despedimos en la mañana, en la puerta de la casa, cuando vi la carroza negra con ella de pasajera alejarse por la calle.

Cerca de la medianoche de ese lunes 29 de junio del 2020, mi tía Coco, Cecilia Adorsinda Porth Ortiz, de ochentaíun años, murió. Y esta vez fue de verdad.

* * *

Ese 25 de marzo del 2017, en el club, cuando mi mamá se quedó en silencio y descarté hacer las preguntas sobre mi origen a mis papás, no tuve duda acerca de a quién debía llamar.

Al llegar a la casa, saludé a mi papá con un beso y dejé a mi mamá a su lado. Ella estaba como si nada hubiera pasado, mientras que a mí me temblaban las piernas y no podía gesticular. Marqué el número de mi tía Coco con vehemencia y cierto temblor en las manos. Me contestó y no esperé más, me salté el saludo protocolar.

—Tía, mi mamá me ha contado la verdad, quiero que tú me cuentes más. —No pude verbalizarlo, fui incapaz de decir que me había dicho que era adoptada, la palabra se me atragantaba.

Solo encontré un largo silencio.

—¿Tía? —dije como quien se asegura de no haber perdido la conexión.

—¿De qué me hablas? ¿Qué te ha dicho tu mamá? —Me dio la impresión de que realmente no sabía a qué me refería.

—Me ha dicho que soy adoptada —dijo con un hilo de voz.

Esta vez su silencio me pareció más corto.

—Ay, Fabi, por favor, tu mamá está enferma —dijo con una pronunciada inflexión de voz, tratando de ser fiel a su promesa de silencio.

—Tía, me ha dado detalles, dime la verdad, me la merezco —dije suplicando—. Además, siempre lo he sospechado —seguí sin dar espacio a respuesta alguna. La arrinconé.

—¿Por qué sospechabas? —me respondió con una pregunta que confirmaba lo que yo ya sabía.

—Por muchas cosas —respondí apurada por saber algo más, un poquito más. Ella suspiró profundo, la escuché, sentí su angustia, sus latidos acelerados, sus ganas de cortar la conversación para escapar de lo inevitable. Si todavía hubiese seguido fumando, se habría encendido un cigarrillo. Yo también.

—Bueno, sí —dijo con hartazgo—, pero es igual, Fabi. Tú eres hija de Luis y Fabiola, y ya. No hay nada que decir.

—Ya lo sé, tía, pero tengo que saber más.

Las palabras me salían entrecortadas, se me hacía difícil sostener el volumen estable. Salí de mi habitación para hablar desde el jardín. Había sol, me senté en el piso, cansada. Las lágrimas se agolpaban en mis ojos y caían cada cierto tiempo, no estaba llorando, era un proceso distinto al llanto.

—Pero ¿qué quieres saber?! —ella levantó la voz, sentí su desesperación, seguro que su cuerpo mostró una contracción, una patada al piso, impotente.

—Solo dos cosas, dos preguntas. La primera: ¿conozco a mis padres?

—No. Para nada, si ni siquiera eres del Perú —dijo con cierto descuido.

—¿Qué? ¿Cómo? —Esto sí que no lo esperaba, jamás había pensado que podría no haber nacido en mi país. Nuevamente volvieron los cosquilleos, la falta de aire.

—¡Uy, ya dije demasiado! —Me dio risa. ¿Cómo iba a ser «demasiado» si apenas había empezado a hablar?

—Ahora me lo tienes que decir —seguí riéndome.

Ella se negó, riendo también, y en una especie de juego, casi infantil, tratando de que no saliera de su boca la verdad guardada por cincuenta años, continuó:

—¡Adivina de qué país eres!

Pensé en seguir la broma y el juego, busqué el país más lejano y de dónde, por mis rasgos físicos, evidentemente no era.

—¡Finlandia! —Carcajadas.

—Más cerquita, más cerquita.

—Argentina.

—Tibio, tibio.

—Bolivia, Ecuador.

—Tibio, tibio.

—Ay, no sé. —Me rendí.

—De Chile.

—¿Cómo así? ¿Quién me trajo?

—Ay, Fabi, tu mamá viajó y te trajo. ¿Cuál era la otra pregunta?

Aún tenía que volver sobre lo de Chile, pero ella me apuraba para que hiciera la otra pregunta. Lo dejé para después.

—¿Seré una niña robada o perdida? ¿Me habrán buscado?

—No, Fabi, todo se hizo legalmente, creo que viajó una asistente social de Chile y los visitó en la casa para ver que todo estuviera en orden. ¿Crees que tus papás harían algo ilegal?

Después de haber derribado la barrera del secreto, mi tía Coco pudo contarme un poco más de lo que recordaba, con algunas imprecisiones, pues el tiempo había borrado los detalles. Dijo que mi mamá le había contado las veces en que fui insistente con mis

sospechas de adopción y que era mi papá quien se oponía rotundamente a que me dijeran la verdad.

Surgió una nueva pregunta:

—¿Quiénes saben que soy adoptada?

—Todos.

Realmente no sé por qué me sorprendió. Dijo:

—Pero si apareciste de un día para otro, era claro para todos los que conocíamos a tus papás que eras adoptada.

Cierto, hasta ese momento no me había cuestionado quiénes serían parte de este pacto secreto. Luego, en algún momento de la conversación, ella hizo una pregunta:

—¿Quieres buscar a tus padres biológicos?

—No —respondí con una seguridad que partía del miedo.

El resto del día repasé el momento en la sombrilla y sentí una y otra vez el adormecimiento en las piernas, la piel de gallina y las náuseas; conversé mucho con Alfredo, de mis dudas, de mis antiguas sospechas, de qué haría en adelante con esa información, de cómo le diríamos a nuestros hijos, tan parecidos a sus abuelos, que no tenían un vínculo biológico con ellos. Entraba al baño y me encontraba con una imagen en el espejo que no era la misma del día anterior; sería mi rostro desencajado, los ojos hinchados por llorar o, simplemente, que ya no me reconocía. En alguna de esas miradas frente a mí misma, me encontré muy chilena y poco peruana, reafirmé que no me parecía a mis papás y desestimé los rasgos físicos que antes consideré heredados. Tuve angustia. Lloré.

Alfredo y yo no tuvimos una cena especial por nuestro aniversario, nos quedamos en casa, en el dormitorio, evitando que los chicos, en ese momento de diecinueve y quince años, se preocuparan por verme mal. Aún no era momento para hablar con ellos. La primera decisión fue consultar a una terapeuta de familia que nos conocía hacía mucho para que nos orientara sobre la mejor manera de anunciarle a nuestros hijos la noticia. Nos citó para el lunes; aún era sábado.

Esa noche fui a la habitación de mis papás para darles las medicinas, como todos los días a las nueve. Pero esta vez mi mamá sujetó con firmeza mi mano:

—¿Estás bien? —me preguntó con una mirada de angustia.

—Sí, mamá, todo está bien —dije lo más entera que pude y le di un beso. Sabía lo que me había confesado, no había sido un cortocircuito en su cabeza, no lo había olvidado. Ella estaba consciente e intentaba sopesar mi reacción.

Logré dormir unas horas, me desperté en la madrugada, después de un rato me rendí ante el insomnio, acosada por la maquinaria en mi cerebro, y fui a buscar mi primer álbum de fotos, uno que en la adolescencia me había encargado de ordenar cronológicamente. Recordaba que, en mis primeras fotos, parecía de más de un año. Despegué la primera foto, era tamaño pasaporte, de estudio, en blanco y negro. Tiene algunas manchas por el tiempo que ha pasado, sin embargo, ahí estoy yo, peinada con el pelo corto, sin adornos. No tengo aretes, no sonrío, pero tampoco estoy triste. Me da la impresión de que voy a empezar a hablar, parece que tengo un juguete entre las manos y llevo puesta una blusa blanca de manga larga con botones en los puños, mientras que, encima, no sé si aquello es un mandil o un chaleco, de tela a cuadros grandes, con doble botón en el pecho. Se me ve muy limpia. Sentí lástima por esa bebé.

Miré el reverso, entendí rápidamente que era la foto de la que había hablado mi mamá. No la había roto, había tachado el nombre que estaba escrito atrás con lapicero azul y en letras mayúsculas, pero aún se podía leer: «ELY POBLETE NUÑEZ»; abajo podía apreciarse un sello; se ve lila, pero debió haber sido azul. No se llega a ver lo que, pienso, es el nombre del estudio fotográfico, pero en la segunda línea dice «SANTIAGO», y en la tercera, «MONEDA 1863». Aunque no estoy segura del número pues está borroso, pero no importa. A continuación, la fecha «5 ENE. 1970». Nuevamente la taquicardia, la sangre en las piernas,

el cosquilleo. Dice «Santiago», me pregunto por qué no leí nunca ese sello, no lo revisé, tal vez lo vi y no le presté atención. Siempre tuve la respuesta en mis manos, pero no me di cuenta. Si mi mamá habló de esa foto, y yo entendí que era el inicio de nuestra historia juntas, ¿sería esa la foto que recibió para escogerme, como en un catálogo de compras?

Continué viendo otras fotos, son a colores, en el borde blanco de los revelados de esa época está la fecha: «febrero 1970». Según mi fecha de nacimiento, tendría dieciocho meses. Estoy con mis papás, no sonrío, pero tampoco estoy triste, visto un enterizo corto blanco, me doy cuenta de que era verano, mi papá sonrío en todas las fotos, mi mamá no, pero tampoco está triste. Veo otra foto, grande y en blanco y negro, estoy en Cantolao, en La Punta, con una ropa de baño a rayas, me acuerdo de que era verde con blanco, mi mamá la guardó por muchos años, con un sombrero que hace juego con el traje, tengo zapatillas blancas nuevas. Estoy sentada en las piedras de canto rodado típicas en esa playa, tengo una piedra en la mano, atrás sale uno de mis primos Rivas Mauleón, pero no estoy segura de cuál de ellos es. No sonrío, pero tampoco estoy triste. Hay otras fotos de ese mes, estoy con mi tía Coco, en una mano yo, en la otra Patty, estamos caminando en una playa de piedras grandes, no es en La Punta. Ellas están en ropa de baño, yo tengo una camisita celeste, ligera y sin mangas, con un solo botón en el cuello, abierta, parece que tengo pañal y una bombacha blanca que lo cubre. Patty me está mirando, tía Coco y yo vemos hacia la cámara, no sonreímos, pero tampoco estamos tristes.

Empezaron a asaltarme nuevas preguntas: ¿soy huérfana?, ¿murieron mis padres biológicos?, ¿me abandonaron?, ¿en dónde me encontraron?, ¿a qué edad?, ¿estuve en un orfanato desde que nací o fue después?, ¿habré sufrido ese año y medio? Decidí empezar a buscar en internet con el nombre tachado de la foto o la dirección del estudio. ¿Sería mi nombre?, ¿el nombre de mi madre biológica?,

¿un nombre cualquiera que alguien anotó ahí porque no encontró un trozo de papel?

Ingresé en Google el nombre, no salió nada, probé con «Eliana», «Elena», «Elizabeth», cambié «Poblete» por «Paulete», «Nuñez» por «Nunez», pero no hubo coincidencias; puse la dirección, vi que Moneda era una calle en el centro de Santiago, no encontré un estudio fotográfico ahí. Empecé a ampliar mi búsqueda, puse «adopciones Chile 1970», y los primeros links que aparecieron estaban relacionados con una mafia de adopciones ilegales en Chile, me preocupé, devoré esos artículos tan pronto como pude. En esos casos los padres adoptivos desconocían que los niños habían sido arrebatados de sus madres, generalmente con engaños; en otros, a las madres biológicas les habían dicho que el recién nacido había muerto y lo habían entregado en adopción, en complicidad con los padres de madres adolescentes, un cura, una asistente social, un doctor. Me dio angustia, cabía la posibilidad de que yo fuera uno de esos casos, y mis papás, aun haciendo todo legalmente, podían no haber sabido que mi madre biológica me estuvo buscando todos estos años, tal vez con la misma foto de la calle Moneda.

Tanto la revisión de las fotos en mi primer álbum como lo que encontré, incluso lo que no, me hicieron poner las cosas en perspectiva. Vi las fotos nuevamente, mis recuerdos se avivaron, vi mi niñez, una infancia feliz, mi adolescencia estándar, peleando por la independencia, mi adultez con unos padres entregados a mí y a mis hijos, las lágrimas se espaciaron, se fueron evaporando y pude ver con más claridad lo afortunada que era.

* * *

Pasaron dos días desde que mi mamá cortó medio siglo de silencio y tuvimos la cita con la psicóloga de familia. Le contamos todo,

que me sentía suertuda. Nos recomendó decírselo a los chicos, así, tal cual yo lo sentía, como alguien muy afortunado de haber tenido unos padres maravillosos. Pregunté si necesitaría terapia para procesar esto de una manera saludable. Opinó que no le parecía necesario y me sugirió escribir, ella sabía que la escritura era mi forma de transitar las grandes emociones.

El efecto fue distinto en cada uno de mis hijos. Daniela empezó a llorar porque a veces no tenía paciencia con su abuela, que había sido tan buena en adoptarme. Alonso, sorprendido, dijo que yo me había salvado de ser una niña de la calle. Nunca los vi afectados negativamente con la noticia. Contaban la primicia con una sonrisa, orgullosos de sus abuelos y de tener una mamá con una historia particular.

En esos días fui a desayunar con mi tía Nélida y hablé más con mi tía Coco, las versiones no coincidían en los detalles, pero sí en lo importante, en lo trascendental. Ambas me contaron lo ilusionados que estaban mis papás con la adopción y la idea de ser padres; que mi mamá viajó a Chile para traerme. Sobre el secreto, el pacto de silencio, dijeron que era mi papá el más decidido a que yo no supiera nunca que mi origen era otro; decía que no tenía nada que aclarar, que yo era su hija y punto. Las dos dijeron que esas eran las palabras exactas de mi papá.

Impulsada por esas conversaciones, escribí unas líneas sobre cómo me sentía, la felicidad de ser adoptada, lo impresionante que me pareció que tantas personas guardaran el secreto por cincuenta años y lo suertuda que era.

El sábado primero de abril, siete días después de que mi mamá me hiciera este anuncio, habría un almuerzo en mi casa con toda la familia por la llegada de mi tía Nélida a Lima. Pasaban los días y más familiares sabían que el secreto ya no era tal. Se pusieron nerviosos, temían que yo estuviera molesta con ellos, que les pudiera reclamar el que no me dijeran la verdad años atrás. Yo también sentía

que ese almuerzo iba a ser muy incómodo, con algunos que sabían, otros que no, por lo que decidí publicar en mi muro de Facebook lo que había escrito y quitar el velo de un tirón ante todos, familiares, amigos y conocidos.